

los que todos los pueblos fueron al principio politeístas, que despues, á fuerza de meditar sobre el primer principio de las cosas, idearon algunos filósofos que no hay mas que una causa primera, y que así lo han enseñado, han comprendido muy mal la marcha del entendimiento humano. Tambien cuando ha sido necesario explicar por qué progresion pasaron las ideas de los pueblos del politeísmo al dogma de la unidad de Dios, estos sublimes especuladores no han propuesto mas que conjeturas desnudas de toda verosimilitud.

En efecto, si acostumbrados los pueblos desde un principio á respetar á muchos dioses y atribuirles el gobierno del mundo, hubiesen llegado al fin á reconocer un solo Dios supremo, sin duda le hubieran atribuido una providencia, al menos una inspeccion y una atencion en el gobierno de los dioses inferiores, el poder y la voluntad de reprimirlos y de corregir sus desórdenes. Pero, ¿cuál es el pueblo, cuál el filósofo que ha tenido esta idea de un Dios supremo? Aun los mismos que admitieron una primera causa, un formador del mundo, todos han supuesto que abandonaba enteramente la administracion á los genios ó espíritus secundarios; de lo que dedujeron que el culto debía ser dirigido á estos y no al Dios supremo; tal ha sido la voz general de la filosofia hasta el nacimiento del cristianismo. Celso es el primero que ha parecido confesar que el culto de los genios no debía excluir el del Dios supremo; mas este punto importante de doctrina no ha sido conocido de lo general de los *paganos*.

¿Para qué servian las teorías de los filósofos cuando el pueblo no tenia ninguna parte en ellas, y que en nada podian influir en su creencia ni en su conducta?

Al contrario, se concibe perfectamente que hombres instruidos desde la niñez de la existencia de un solo Dios, de su providencia universal, del culto que debía dársele, han inventado no obstante genios, espíritus, almas en todos los cuerpos en que veian movimiento; la sorpresa, el temor, la ignorancia de la causa verdadera de los fenómenos han bastado para darles esta idea. Dado este primer paso, el siguiente ha venido al momento. Si son los genios los que ponen en movimiento á todos los cuerpos, tambien son ellos los que producen inmediatamente todo el bien ó el mal que nos sucede; suponiéndolos así semejantes á nosotros, deben gustar de nuestros homenajes, de nuestras oraciones y de nuestras ofrendas; luego deben dirigirseles. Hé aquí el politeísmo establecido en union con

la creencia de la existencia de un solo Dios ó de un solo Ser supremo. Una vez persuadidos de que no es él sino genios particulares los que distribuyen los bienes y los males, estará bien reservado todo el culto para estos últimos; se olvidará el verdadero, se le desconocerá y se le postergará, por decirlo así, con los dioses ociosos de Epicuro; no pensando ya en nosotros, ¿por qué hemos de estar obligados á ocuparnos de él?

Aun el Ser supremo, concebido sin providencia inmediata, no es ya un Dios, sino un fantasma inútil, extraño á la humanidad. Por mas que se le atribuyan perfecciones absolutas, la eternidad, la inmensidad, la omnipotencia, una inteligencia y sabiduria infinitas, etc., si no hay en él bondad, misericordia, justicia, atencion y liberalidad con respecto á sus criaturas, no le tendremos ni respeto, ni reconocimiento, ni temor, ni amor en los que consiste el verdadero culto; buscaremos en otra parte al señor ó señores que debemos adorar. Así que no es la filosofia la que ha hecho conocer á los hombres las perfecciones divinas relativas y adorables que les interesan, nunca se ocupó de esto; solo fué la revelacion, y sin esta luz sobrenatural las ignoraríamos todavía; mas de ellas es de las que nos habla la Sagrada Escritura con mucha frecuencia.

Dedúcese de todo esto: 1º Que Dios mandando á los hombres santificar el séptimo día de la semana, en memoria de la creacion, habia tomado el medio mas á propósito para conservar entre ellos la nocion de un Dios criador, conservador y gobernador del universo, del que provienen inmediatamente todos los bienes y males de este mundo, que por consiguiente debe solo ser adorado. La exactitud de los patriarcas en observar este culto exclusivo ha conservado entre ellos la verdadera fe; el descuido de sus descendientes en cumplir este deber les ha hecho caer insensiblemente en el error: su falta ha sido, pues, voluntaria é inexcusable.

2º Desde este momento no bastó ya el espectáculo de la naturaleza para elevar á los hombres al conocimiento del verdadero Dios: al contrario, vino á ser un lazo del error, en el que han caído los mismos filósofos; sabios é ignorantes, todos creyeron los cuerpos animados por espíritus mas poderosos que el hombre, de los que dependia su suerte en la tierra, y á los que por consecuencia debian dirigirles su culto, y la filosofia no ha logrado desengañar á ninguno. Muchos se sumergieron en el ateísmo, antes que volver á la doctrina y á la creencia primitiva.

3º Los deístas se equivocan grandísimamente, ensalzando las fuerzas de la razon y de la luz natural, para conocer á Dios y saber el culto que se le debe dar; es necesario juzgar por el resultado y no por conjeturas arbitrarias. El ejemplo de todas las naciones antiguas y modernas demuestra que el hombre pasa con mucha facilidad de la verdad al error, pero que, sin un auxilio sobrenatural nunca le ha sucedido volver del error á la verdad.

§ III. ¿Ha podido dirigirse al Dios supremo el culto de los politeístas? Entre el gran número de sabios que se han dedicado á probar que aun en medio de las tinieblas de la idolatría, siempre se ha conservado al menos una débil nocion de un solo Ser supremo, no obraron todos por motivos igualmente laudables. Unos han querido probar contra los ateos, que el politeísmo no ha sido la creencia constante y uniforme de todo el género humano. Los deístas se han apoderado con avidez de esta ocasion para deducir que antes del cristianismo no habian estado sumidos los pueblos en una oscuridad tan profunda como suponen los teólogos, y que estos han partido de un principio falso para demostrar la pretendida necesidad de la revelacion. A su vez algunos protestantes se han aprovechado de esto, para persuadir que el culto dado por los *paganos* á los dioses subalternos era relativo y se referia al verdadero Dios, así como el que dan los católicos á los ángeles y á los santos; que si el primero era una idolatría criminal, no lo es menos el segundo.

Beausobre, el mas temerario de todos, en su *Hist. del Maniq.*, l. 9, c. 4, § 4, establece por principio que nunca confundieron los *paganos* sus dioses con el Dios Supremo; que nunca le han atribuido la independencia ni la soberanía. Sabian bien, dice, que estos dioses no eran mas que inteligencias nacidas del Dios Supremo, y que dependian de él como ministros suyos, ú hombres ilustres por sus virtudes y servicios. Si por el *politeísmo* se entiende la creencia de muchos dioses soberanos é independientes, nunca hubo politeísmo en el universo. Concluye que el culto dado por los *paganos* á los dioses vulgares se referia al Dios Supremo; que así este culto no estaba prohibido por la ley natural, sino únicamente por la ley divina positiva que los *paganos* no conocian. Hé aquí un caos de errores y de imposturas que tenemos que refutar.

Observemos desde luego que la cuestion no es saber si los *paganos* ignorantes ó filósofos

han admitido un primer Ser formador del mundo, que puede llamarse el *Dios Supremo*; mas si le han atribuido una providencia, una atencion, una accion, una inspeccion sobre lo que sucede en el mundo, y principalmente sobre el género humano. Lo repetiremos cien veces, un primer Ser sin providencia ni es Dios, ni señor, ni soberano; no se le debe ni culto, ni respeto, ni atencion ninguna. Así que desafiamos á Beausobre y á todos los críticos mas instruidos, á que prueben que los *paganos*, ya ignorantes, ya filósofos, han admitido un Ser supremo ocupado del gobierno de este mundo, del que los dioses populares no son mas que ministros, y al que deben dar cuenta de su administracion. No solo no hay ningun vestigio de esta creencia en los antiguos monumentos, sino que hay en ellos pruebas positivas de lo contrario.

1º Mosheim, mas sincero que Beausobre, conviene en sus *Notas sobre Cudworth*, c. 4, § 15 y 17, que ninguno de los testimonios alegados por este sabio inglés prueba la creencia de que hablamos. Bayle es del mismo parecer, *Contin. de los pensamientos varios*, § 26, 66 y sig.; *Resp. á las cuest. de un prov.*, c. 107 y 110, etc. El Dr. Leland, *Nuev. demost. evang.*, 1º p., c. 14, manifiesta que ninguno de los filósofos antiguos ha profesado clara y constantemente el dogma de un Dios supremo, padre y gobernador del universo; que si alguna vez han parecido admitirlo, otras han dividido el gobierno del mundo entre muchos dioses independientes. S. Agustín, l. 20, *contra Faust.*, c. 19, habia dicho que los *paganos* no habian perdido nunca la creencia de un solo y verdadero Dios; mas despues ha observado que Platon ha sido el único que ha enseñado que todos los dioses se hicieron para uno solo. *De Civit. Dei*, l. 6, c. 1; que los demás filósofos no sabian qué pensar de esto, l. 9, c. 17. Hemos visto en otro lugar, refiriendo el sistema de Platon, que, segun él, el Ser supremo ha hecho únicamente los dioses visibles, los astros, el globo, los elementos; que los dioses visibles engendraron despues á los dioses invisibles y populares, y que estos últimos son los que han formado á los hombres y á los animales.

2º Lejos de atribuir al Ser supremo una providencia con respecto á los hombres, supone Platon que ni aun solamente se ha dignado formarlos. Así cuando quiere probar la providencia, en su décimo libro de *las Leyes*, no es al Ser supremo al que la atribuye, sino á los dioses en general; estos úl-

timos son, y no al Ser supremo, al que invoca en este libro y en el *Timeo*, á fin de poder hablar sabiamente del origen del mundo y de la existencia de los dioses; no se atreve en ninguna de estas obras á refutar las fábulas de la mitología, y las deja tales como estaban. Ciceron, en sus libros de la *Naturaleza de los dioses*, ha referido y comparado las opiniones de todos los filósofos; no vemos en ellos ningun vestigio de la pretendida creencia de un Dios supremo, gobernador del universo y árbitro de la suerte de los hombres. Seria singular que haciendo la enumeracion de todas las opiniones filosóficas, Ciceron callase la única que sea verdadera y razonable, y que, segun nuestros adversarios, era la creencia comun de los *paganos*. Unicamente vemos en ellos que, segun el parecer de los estóicos, el Ser supremo era alma del mundo. Así, que esta alma no tenia mas imperio sobre los fenómenos de la naturaleza, que el que tenia nuestra alma sobre la economía animal de nuestro cuerpo, sobre la circulacion de la sangre, sobre el curso de los espíritus animales, sobre los movimientos convulsivos, ó sobre los dolores que nos afectan. Con mucha mas razon el alma del mundo nada tenia que ver con las acciones de los hombres, en los bienes ó en los males que experimentan; todo esto se hacia segun las leyes irreformables del destino, ó por necesidad fatal.

3º Puesto que por otro lado el pueblo no entendia nada de las teorías de los filósofos, quisiéramos saber en qué lecciones ha tomado el comun de los *paganos* el conocimiento de un Dios supremo, servido y obedecido por dioses inferiores: ¿será en los poetas ó en los mitólogos? Segun su doctrina, los primeros dioses habian nacido del caos y del vacío, los mas antiguos dieron el conocimiento á los otros; el que se creyó mas fuerte fué el señor de los demás, les distribuyó sus empleos, y se reservó el trueno para hacerles temblar. Mas ¿con qué derecho hubiera impedido cometer crímenes é injusticias? Segun las fábulas, ningun dios ha cometido nunca tantos como él. Es de presumir que si lo general de los *paganos* hubiese tenido alguna noción de un Dios supremo, del que estos últimos dependian, muchas veces se hubieran quejado á él de la mala conducta de sus ministros.

Es pues, incontestable, diga lo que quiera Beausobre, que el politeísmo era la creencia de muchos dioses soberanos é independientes, puesto que cada uno de ellos lo era en su departamento. Neptuno no aguardaba las

órdenes de Júpiter para levantar y calmar las olas de la mar; lo mismo que Pluton para ejercer su imperio en los infiernos; Marte ni Vénus no pedian á nadie permiso para inspirar á los hombres, el uno un furor guerrero, y la otra la inclinacion á la voluptuosidad: nadie se informaba si el mismo Júpiter lanzaba rayos sobre los buenos ó sobre los malos.

4º Este crítico nos citará quizás el parecer de Celso y de los nuevos platónicos; ¿mas quién no sabe que estos impostores habian cambiado en muchas cosas la doctrina de los antiguos filósofos, y que la habian aproximado á la del cristianismo, para rechazar los argumentos de los doctores cristianos? Mosheim lo ha demostrado en una *Disertacion sobre la Creacion*, § 29 y sig. Beausobre no ha ignorado que Porfirio, mas sincero y mejor lógico que los demás, enseña que es necesario sacrificar á los dioses, pero que no debemos presentar nada al Dios supremo, que es inútil dirigirse á él, *aun interiormente. De abstin.*, l. 2, n. 34. Ha citado este pasaje, pero lo ha falsificado, *Hist. del Maniq.*, l. 9, c. 5, § 3. Por último él mismo se ha refutado, *ibid.*, § 8, confesando que el *paganismo* del pueblo no debe compararse con el de los filósofos; que eran dos religiones bien diferentes.

Así, aun cuando fuese cierto que los filósofos han admitido un Dios supremo, y que los dioses inferiores no eran mas que sus ministros, que el culto dado á estos podia referirse á él, aun esto no concluiría nada con respecto á lo general de los *paganos*. No solo estos no tenian ningun conocimiento del pretendido Dios supremo de los filósofos, sino que Platon confiesa, en el *Timeo*, que es difícilísimo descubrirlo, é imposible darlo á conocer al pueblo.

En efecto, los *paganos* lo conocian tan poco, que, cuando los cristianos vinieron al mundo para anunciarlo, fueron tenidos como ateos, porque no querian adorar á los dioses populares.

5º Es sorprendente que nuestros críticos modernos quieran darnos del *paganismo* una idea mas ventajosa que los mismos filósofos. Porfirio, *ibid.*, n. 33, confiesa «que muchos de los que se dedican á la filosofía tratan mas de conformarse con las preocupaciones que de honrar á Dios; que no piensan mas que en las estatuas, y no se proponen el aprender de los sabios cuál es el verdadero culto;» n. 33, distingue á los buenos demonios, que tienen por principio el alma del universo, y que no hacen mas que bien á los hombres,

y á los malos genios que no les hacen mas que mal; n. 40, estos, segun él, son la causa de las plagas de la naturaleza, de los errores y pasiones de los hombres; no tratan mas que de seducir y engañar, y de dar á los hombres falsas ideas de la Divinidad y del culto que le es debido; inspiran, dice, estas opiniones no solo al pueblo, sino tambien á muchos filósofos, etc. En el dia se nos quiere persuadir que no solo los filósofos, sino lo general de los *paganos*, tenian ideas exactísimas de la Divinidad, que conocian un Dios supremo, que el culto dado á los demonios ó á los genios, buenos ó malos, se referia á él.

6º Desatina Beausobre al sostener que este culto no estaba prohibido por la ley natural, sino solo por la ley divina positiva; lo que dice para justificar á los mártires de la Persia, que sufrieron la muerte antes que adorar al sol, no es mas que un tejido de necesidades. Ciertamente está prohibido por la ley natural adorar á muchos dioses y dar el culto supremo á otros seres que al verdadero Dios; sobre todo el darlo á seres fantásticos é imaginarios, á los que por otro lado se atribuyen todos los vicios y todos los crímenes de la humanidad; así que estos eran los pretendidos dioses de los *paganos*. Todos convienen en que, exceptuando la santificacion del sábado, todos los preceptos del Decálogo no son otra cosa que la ley natural escrita; así que el primer precepto que vemos en él es, *no tendreis mas Dios que á mí*. De esto mismo se deduce que está prohibido por la ley natural el hacer ninguna accion que pueda parecer una renuncia del culto del verdadero Dios. Así el anciano Eleazar obedeció á la ley natural, cuando quiso mejor morir que comer la carne de puerco, pues que, en la ocasion en que se hallaba, esta accion se hubiera tomado por una profesion del *paganismo*. Los cristianos que rehusaban jurar por el genio del César, obraban conducidos por el mismo principio; hubieran deducido los *paganos* que renunciaban al cristianismo. Los mártires de la Persia tenian, pues, razon en no querer adorar al sol, puesto que los persas lo exigian como un acto de apostasia. S. Simeon de Seleucia no quiso tampoco prosternarse delante del rey de Persia, como se acostumbraba á hacer, porque entonces se le queria obligar á renegar del verdadero Dios. Sozom., *Hist. eccl.*, l. 2, c. 9. Lo que debia haber impedido á los holandeses el pisotear la imágen del Crucifijo al entrar en el Japon, porque esta accion fué considerada por los japoneses como una abnegacion de la reli-

gion cristiana. Hé aquí lo que dicta el buen sentido á todo hombre capaz de reflexion, mas Beausobre se ha ofuscado con sus preocupaciones, hasta el punto de ver que daba armas á los deístas para defenderse contra las pruebas de la necesidad de una revelacion.

Un filósofo moderno, mas instruido que Beausobre, ha dado una idea exactísima del *paganismo*. Los *paganos*, dice, tenian ceremonias en su culto, mas no conocian articulos de fe ni teología dogmática; aun no sabian solamente si sus dioses eran verdaderos personajes, ó símbolos de las potestades naturales, como el sol, los planetas, los elementos. Sus misterios no eran dogmas, sino prácticas secretas, muchas veces ridículas y absurdas; era necesario ocultarlas para libertarlas del desprecio. Los *paganos* tenian sus supersticiones, se alaban de milagros, todo estaba lleno entre ellos de oráculos, de augures, de presagios, de divinacion; los sacerdotes inventaban las señales de la ira ó bondad de los dioses, cuyos intérpretes pretendian ser. Esto se dirigia á gobernar á los hombres por el temor y por la esperanza de los acontecimientos humanos; mas el gran porvenir de otra vida no se consideraba para nada; no se molestaban en dar á los hombres verdaderos sentimientos de Dios y del alma. *Espíritu de Leibnitz*, t. 1, p. 405.

Este cuadro del *paganismo* en el fondo no es diferente del que ha trazado Varron, el mas sabio de los romanos, en S. Ag., l. 6, de *Civít. Dei*, c. 5. Distingue tres especies de teología pagana ó de creencia relativa á la Divinidad: la de los poetas contenida en las fábulas; la que los filósofos enseñaban en sus escuelas; y la que se seguia en la práctica y en la sociedad civil. Conviene en que la primera, que atribuia á los dioses flaquezas y crímenes, era absurda é injuriosa á la Divinidad; dice que la segunda que consistia en investigar, si hay dioses ó no, si son eternos ó nacidos en tiempo, de qué especie de naturaleza son, etc., seria intolerable en público, y que debe estar cerrada en el recinto de las escuelas; que la tercera se limita al ceremonial religioso. No le ha costado trabajo á S. Agustín el demostrar que esta no se diferencia de la teología fabulosa, que las fiestas, los espectáculos, las ceremonias del *paganismo* eran exactamente conformes con lo que se decia de los dioses en las fábulas, mas no es menos cierto que la religion ó creencia popular no tenia ninguna relacion con las cuestiones agitadas entre los filósofos, y que yeran mucho nuestros críticos modernos en querer unir á la una con las otras.

*[§ III duplicado. ¿Puede creerse con el autor del Ensayo sobre la indiferencia, que los antiguos pueblos no fueron politeístas; que su idolatría era un crimen y no un error, la violación de un precepto y no la negación de un dogma? Las Conferencias de Bayeux responden de este modo á la cuestión:

« M. de Lamennais cree que se vería obligado á abandonar sus opiniones y sus raciocinios sobre el principio de certidumbre, si confesase que ha reinado el politeísmo en el mundo durante mas de dos mil años, y que todas las naciones, á excepcion de una sola, hayan estado adheridas á este error. Ha querido mejor, á pesar de la evidencia de los hechos, sostener que los antiguos pueblos, ofreciendo todos sus adoraciones y sacrificios á una multitud de caprichosas divinidades, y aun de criaturas inanimadas, han preferido siempre, sin embargo, el dogma de la unidad de Dios. » Antes de demostrar, dice, cómo el género humano cayó en la idolatría, haremos observar que no es la negación de un dogma, sino la violación de un precepto y del primero de todos, del que ordena adorar á Dios y no adorar mas que á él solo... Se honró al Criador en sus obras mas manifiestas, convertidas en otros tantos simbolos de la Divinidad (1). Nunca fué la idolatría mas que el culto de los espíritus buenos ó malos, y de hombres distinguidos por sus cualidades brillantes ó venerados por sus beneficios, es decir en el fondo el culto de los ángeles y el de los santos (2). No era la idolatría propiamente hablando una irreligion sino solamente un culto sepe supersticioso. (3).

» No es M. de Lamennais el inventor de este sistema; otros lo han sostenido antes que él, y sobre todo Cudworth, en su obra titulada: *Sistema intelectual del mundo contra los ateos*; Beausobre, en su *Historia del Maniqueísmo*... Por lo demás, cualquiera que sea el autor, no logrará nunca conciliarlo con la doctrina de los libros santos y con el testimonio de la historia. No, la idolatría de los antiguos pueblos no fué solamente un crimen, era tambien un error; los ídolos ante los que se prosternaban estos pueblos, no eran en su pensamiento solamente simbolos de la Divinidad, les atribuían al menos una virtud divina, y les daban un culto absoluto.

» ¿Por qué, en efecto, Moisés recordaba tan frecuentemente al pueblo judío la unidad de Dios, sino por preservar del error en que estaban sumidas todas las naciones ve-

(1) Essai, t. 1, p. 74.

(2) Ibid., p. 108.

(3) Ibid., p. 147.

cinas? El inspirado autor del libro de la Sacerdotía no acusaba de error á los pueblos infieles, cuando les decía: *¿Qué débiles y ciegos son los hombres! no conocen á Dios: no lo ven en las maravillas que obra delante de ellos; se imaginan locamente que el aire, el fuego, el sol, la luna y todos los astros son los dioses que gobiernan el mundo* (1). Aquel rey de Babilonia que en su ignorante sencillez creía que la estatua de Bel devoraba durante la noche los alimentos que por la tarde se ponían delante de ella, no veía en esta estatua mas que un simbolo material de la Divinidad. (2) Por último no suponía S. Pablo que la idolatría era un error, cuando escribía á los Gálatas: *No conociais á Dios, y á los que tributais vuestros homenajes no tienen la naturaleza divina* (3); así que cuando encontró en Atenas un templo en cuyo frontispicio estaban grabadas estas palabras: *Al Dios desconocido*, decía á los habitantes de esta ciudad: *No debemos creer que la naturaleza divina sea semejante al oro, á la plata, á aquellas piedras labradas y esculpidas por el arte y la industria de los hombres* (4). ¿Hubieran sido fundados estos cargos del Apóstol, si la fe de las verdades primitivas se hubiera conservado entre los antiguos pueblos por una tradición perpetua, universal é infalible?

» Confesaremos sin dificultad que la creencia de un Dios supremo se ha conservado siempre en medio de las tinieblas de la idolatría, ó al menos que esta creencia nunca se ha borrado enteramente; confesaremos tambien, si se quiere, que algunos de los dioses del paganismo no pudieron ser al principio sino diferentes denominaciones dadas á la Divinidad para expresar sus atributos y operaciones. Pero cuando ya se esparció la idolatría en el mundo, estas varias denominaciones se transformaron en otras tantas divinidades particulares, y ya el Dios supremo, designado desde el principio con estos diferentes nombres, no era mas el Dios verdadero. Aquel Júpiter, cuyo origen, vida, desórdenes y aventuras escandalosas referían los poetas, ¿era el Dios infinito, criador del mundo? Sin embargo, no se titubeaba en atribuirle la naturaleza divina; se le llamaba el padre, el monarca y el poder eterno de los hombres y de los dioses. « Atribuyéndole, dice el doctor Leland, los títulos de la Divinidad y el gobierno del mundo, demuestran los poetas que tenían

(1) Sap., 15, 1 y 2.

(2) Dan., 44.

(3) Galat., 4, 8.

(4) Act., 17, 29.

alguna noción de un Dios supremo y de sus atributos; demuestran tambien que confundían á este Dios, el único verdadero con el jefe de los vanos ídolos, y que trasladaban á este por un abuso criminal los honores, el carácter y el culto que propiamente pertenecían al Dios supremo (1). »

» Se dirá quizás que los filósofos tenían ideas mas exactas de Dios, y que se burlaban en secreto de la necia credulidad y de las supersticiones del pueblo. Responderemos: 1º que no se puede juzgar de las opiniones dominantes por las ideas de algunos individuos y aun de algunas escuelas; 2º que los filósofos, lejos de proclamar la unidad de Dios, hablaban casi siempre el lenguaje del politeísmo, y emplearon toda su influencia en conservar la idolatría y el culto de los dioses; 3º que la mayor parte de ellos no admitían mas Dios que el mundo, que su creencia no era en realidad mas que una especie de panteísmo. Ciceron, que reunió en sus libros *De natura Deorum* las varias opiniones de los filósofos antiguos, imputa este error á Platon y al jefe de la escuela estoica. Plinio empieza su historia natural por estas palabras: *Mundum et hoc quod nomine alio caelum appellare libuit, cujus circumflexu reguntur omnia, numen esse credi par est, aeternum, immensum, neque genitum, neque interiturum* (2).

» Los primeros apologistas de la religion cristiana debían conocer mejor que nosotros los errores de la filosofia pagana, que habia sido el objeto de sus primeros estudios; uno de ellos deploraba con amargura la ceguedad en que estaba sumido antes de que hubiese abrazado la fe del Evangelio: *Venerabor (ó cecitas) nuper simulacra, et tanquam inesset vis praesens, adulator, beneficia poscebam; et eos ipsos divos quos esse mihi persuaseram, afficiebam contumeliis gravibus, cum eos esse credebam ligna, lapides, atque ossa, aut in hujusmodi rerum habitare materia* (3).] »

§ IV. ¿Puede excusarse en algun modo el paganismo? De todos los que han intentado hacer su apología, nadie ha trabajado con mas celo y sagacidad que lord Herbert de Cherbury, célebre deísta inglés, en su libro *De religione gentilium*. Segun él, toda religion verdadera debe profesar los cinco dogmas siguientes: 1º que hay un Dios supremo; 2º que debe ser el principal objeto de nuestro culto; 3º que este culto consiste principalmente en la piedad interior y en la virtud; 4º que nos debemos arrepentir de nuestros pecados, y que

(1) Nueva demostr. evang., t. 1, p. 187.

(2) Hist. nat., l. 1, c. 1.

(3) Arnobio, adv. gentes, l. 1.

Dios nos perdonará; 5º que hay recompensas para los buenos y castigos para los malos. Así que, dice, estas cinco verdades han sido profesadas en el paganismo. Hé aquí cómo lo prueba.

Desde luego debemos saber que entre los paganos la palabra *Dios* significaba solamente un ser de una naturaleza superior á la nuestra, mas inteligente y poderoso que nosotros. Segun el sentir comun, el Dios supremo, contenido en sí mismo y ocupado enteramente de su felicidad, habia dejado el cuidado de gobernar el universo á espíritus inferiores que eran los ministros y los lugartenientes de su providencia; así el culto que se les daba era relativo y no derogaba el que era dirigido al Criador. Los paganos adoraron pues los astros y los elementos, porque los creían animados y gobernados por espíritus, y los tenían como una producción de la Divinidad. El cielo se llamaba *Júpiter*; el aire *Juno*; el fuego *Vulcano* y *Vesta*; el agua *Neptuno*; la tierra *Cibéles*, *Rhea*, *Céres*, *Pluton*; el sol *Apolo*; la luna *Diana*; los demás planetas *Vénus*, *Marte*, *Mercurio*, *Saturno*. Los demás caracteres designaban ó dones de la Divinidad, ó alguno de los caracteres impresos en sus obras.

El título *optimus maximus*, dado constantemente al Dios supremo, testificaba su providencia; á él era á quien se le debía el culto interior, el reconocimiento, la confianza, el amor, la sumisión; el culto exterior, el incienso, los sacrificios, eran para los dioses inferiores. Los honores divinos concedidos á los héroes bienhechores de la humanidad testificaban la creencia de la inmortalidad del alma y de las recompensas prometidas á la virtud; se les llamaba *dioses*, es decir, santos y bienaventurados. Lo que se decía de los infernos era un testimonio de las penas destinadas á los malos. Divinizando las virtudes, como la piedad, la concordia, la paz, el pudor, la buena fe, la esperanza, la recta razon bajo el nombre de *mens*, etc., se enseñaba á los hombres que estos eran dones del Cielo, y los únicos medios de conseguir la felicidad. Las expiaciones hacían recordar á los pecadores que debían arrepentirse y mudar de vida para reconciliarse con la Divinidad. Si con el tiempo se han introducido abusos y errores en todas estas prácticas, esta ha sido culpa de los sacerdotes que los introducían por interes ó para hacer necesario su ministerio.

Si siguiendo este sistema abrazado con avidez por los deístas, no hubo nunca politeístas en el mundo, puesto que todos reconocían un Dios supremo; ni idolátras, puesto

que el culto dado á las estatuas se dirigía á los dioses ó á los genios que representaban; los primeros principios de moral han sido conocidos y profesados en todas partes, principalmente en las escuelas de los filósofos. De aquí han deducido los deístas que los PP. de la Iglesia han representado mal el *paganismo*, que no han sabido comprender su espíritu, ó que lo desfiguraron expresamente para hacerlo odioso, que en el fondo no era otra cosa mas que la religion natural, aunque no estuvo sin abusos.

Mas esta pomposa apología del *paganismo* ha sido completamente refutada por el doctor Leland en su *Nueva Demostracion evangélica*, y no hay un solo artículo al que no haya opuesto hechos y monumentos; nos limitaremos á extraer de aquella obra algunas reflexiones.

1º Nos parece que contiene contradicciones. Segun la observacion de Cherbury con la que estamos conformes, los *paganos*, bajo el nombre de *Dios*, entendian solamente un ser mas poderoso é inteligente que nosotros; ¿quién les habia dado la idea de un Ser supremo soberano Señor del universo? Ciertamente que la limitada idea que se habian formado de la Divinidad, no era á propósito para elevarlos á la nocion sublime de un Ser eterno, que existe por sí mismo, todopoderoso, padre del universo, etc. Quisiéramos saber dónde la podian haber tomado los *paganos*. En segundo lugar, se nos dice que este Ser supremo, contenido en sí mismo y ocupado enteramente de su felicidad, habia dejado á dioses inferiores el cuidado de gobernar el universo, y no obstante se les atribuye una providencia; ¿qué es pues la *providencia*, sino el cuidado de gobernar el universo? En no mezclándose el Dios supremo por temor de perturbar su felicidad, los dioses inferiores no eran ya simples ministros encargados; sino que eran soberanos absolutos, segun toda la fuerza de expresion. En este caso, preguntamos, ¿con qué motivo se debia un culto interior á un Ser que no lo exigia, el reconocimiento ó confianza á un monarca que nada daba y que de nada disponia, la sumision á un fantasma que nada mandaba, etc.? Es pues falso que el culto dado á los inferiores, únicos gobernadores del mundo, de ningun modo debiese dirigirse á él.

2º Tambien es falso que el título *optimus maximus* haya designado al Dios supremo, ni testificado su providencia. Se ha hallado en los Alpes la inscripcion, *Deo Penino optimo maximo*; no significaba ciertamente

que este Dios fuese el Ser supremo ni que gobernase el universo entero; aunque hubiese expresado algo mas, cuando se aplicaba á Júpiter, nunca ha dado á entender que era el Ser eterno, existente por sí mismo, creador y soberano Señor de todas las cosas—esta no era la creencia del pueblo ni de los filósofos.

3º Todos convienen en que los *paganos* no han atribuido nunca al Dios supremo una *providencia en el orden moral*, la cualidad de legislador, de juez, de remunerador de la virtud, vengador del crimen, de inspector de todas las acciones y pensamientos de los hombres. Celso, en Origenes, l. 4, n. 99, sostiene que á la verdad Dios cuida de todo, ó de la máquina general del mundo, mas que lo mismo se enfada contra los hombres que contra los monos y las moscas, y que no les amenaza. El pagano Cecilio, en Minucio Félix, n. 5, pretende que la naturaleza sigue su marcha eterna, sin que Dios se mezcle en ella; que los bienes y los males caen al acaso sobre los buenos y los malos; que si el mundo estuviese gobernado por una sabia providencia, las cosas irian de muy diverso modo; n. 10, ridiculiza al Dios de los cristianos, Dios curioso, inquieto, celoso, imprudente, que se halla en todas partes, que todo lo hace, todo lo ve, aun los mas secretos pensamientos de los hombres, que se mete en todo, aun en sus crímenes, como si su atencion pudiese bastar para el gobierno general del mundo y para los minuciosos cuidados de cada individuo. Tácito, *Annal.*, l. 6, c. 22, observa que el dogma de la providencia de los dioses es un problema entre los filósofos, y él mismo no sabe qué pensar considerando los desórdenes de su siglo. En el tercer libro de Ciceron, *sobre la Naturaleza de los dioses*, el académico Cotta combate tambien la providencia por la multitud de desórdenes de este mundo. Sabemos perfectamente que el pueblo atribuía una especie de providencia á los dioses que adoraba; mas que la haya supuesto en un Ser supremo ó superior á los genios que llamaba *dioses*, en vano buscaremos por qué medio este dogma habia podido grabarse en la mente de lo comun de los *paganos*.

4º Verdaderamente algunos filósofos habian dicho que el culto religioso consiste principalmente en la piedad interior y en la virtud; mas ninguno ha enseñado que este culto estaba reservado para el Dios supremo, mientras que las ceremonias eran patrimonio de los dioses inferiores. Luego que los *paganos* satisficieron al ceremonial, creian haber desempeñado toda justicia, y estas prácticas

eran absurdos ó crímenes. ¿De qué valor podia ser la piedad y virtud á los ojos de los dioses, cuya mayor parte eran tenidos por viciosos y autores de las pasiones de los hombres? Nunca los *paganos* en sus oraciones pidieron á los dioses la sabiduría, la justicia, la templanza, la castidad; Ciceron, Séneca, Horacio y otros juzgaban que era el hombre solo el que se las debia procurar; ¿cómo hubieran dado los dioses lo que no tenian? Se limitaban á pedirles la salud, las riquezas, la prosperidad, muchas veces el cumplimiento de los deseos mas irracionales. Lactancio no tenia inconveniente en sostener contra los *paganos*, que su religion, lejos de conducirlos á la virtud, no servia mas que para excitarlos al crimen. *Divin. Inst.*, l. 5, c. 20, etc.

5º Seria, pues, una ilusion el creer que divinizando algunas virtudes, como la paz, la buena fe, la piedad filial, se ha querido enseñar á los hombres que eran dones del Cielo y medios para conseguir la felicidad. Por otro lado, ¿de qué servia levantarles altares, en tanto que habia templos consagrados á los vicios, á Júpiter disoluto, á Marte vengativo, á Vénus impúdica, etc.? Ciceron, l. 2 de *Nat. Deor.*, n. 61, dice que los nombres de Cupido y de Vénus han sido divinizados, aunque signifiquen pasiones viciosas y contrarias á la naturaleza bien dirigida, porque estas pasiones agitan violentamente nuestra alma, y porque se necesita un poder divino para vencerlas. Así los *paganos* trataban de excusar sus vicios, atribuyéndolos al poder de ciertas divinidades. ¿Cómo se ha de explicar de un modo honesto el culto que se les daba? ¿cómo dirigirlo al verdadero Dios?

6º La apoteosis de los héroes atestiguaba sin duda la creencia de la inmortalidad del alma; hubiera sido un estímulo á la virtud, si no se hubiese concedido este honor mas que á personajes respetables por sus costumbres y sus servicios. Mas Hércules, Teseo, Rómulo, etc., habian sido mas célebres por sus vicios que por sus virtudes. Los *paganos* no colocaban en el Tártaro ó en el infierno, mas que á las almas de los malvados que se habian hecho odiosos por sus enormes crímenes; el Eliseo contenia muchos personajes que hubieran sido castigados en una nacion civilizada, y la felicidad de que disfrutaban en él no era bastante para excitar poderosamente á los hombres á la virtud.

7º Se nos engaña diciendo que el arrepentimiento y el cambio de vida hacian parte esencial de las expiaciones y penitencias de los *paganos*; nunca han estado instruidos en

esta importante verdad, y aquellos mismos que se la atribuian no la han aprendido mas que en el cristianismo. Cuando se cumplia exactamente la ceremonia de la expiacion, todo iba bien; un guerrero que de vuelta del combate expiaba sus homicidios lavándose las manos en agua viva, ciertamente no tenia mucho arrepentimiento de haber matado un gran número de enemigos. Se expiaba una ocurrencia desgraciada, un presagio malo, un sueño fatídico, mas bien que los crímenes voluntarios.

8º Por último, Cherbury, despues de haberse esforzado para justificar el *paganismo*, se ha visto precisado á retractarse. En el último capítulo de su libro conviene en que la opinion de los *paganos* relativa á la providencia degradaba á la Divinidad; que el culto de los dioses inferiores le era injurioso; que el pueblo quizá no comprendia bien cómo este culto podia ser relativo y remontarse al Dios supremo, y que no puede absolverse de idolatría. Confiesa que las fábulas absolutamente habian ahogado á la religion, que el abuso era irreformable, y que esto es lo que ha constituido el triunfo del cristianismo.

No es, pues, cierto que los apologistas de nuestra religion y los PP. de la Iglesia hayan representado mal el *paganismo*; lo han pintado como lo veian practicar, y tal como lo explicaban sus propios defensores. Celso, Juliano, Porfirio, Cecilio en Minucio Félix, Hierócles, Máximo de Madaura, etc., no han echado en cara á los PP. ninguna infidelidad, ninguna falsa acusacion; han sido de mejor fe que los deístas; y en el § 7 manifestaremos que los PP. han refutado exactamente todas las razones de que se valian los *paganos* para paliar la fealdad y absurdos de su religion.

Beausobre, mas obstinado que Cherbury, sostiene que los *paganos* no adoraban sus dioses, ni les tributaban el culto supremo.

La adoracion consiste: 1º en las ideas que tenemos de la excelencia y de las perfecciones de un ser; 2º en los sentimientos que nacen de estas ideas y que deben ser á ellas proporcionados; 3º en las acciones exteriores que son los testimonios de los sentimientos del alma. Supuesto esto, la primera idolatría consiste en trasladar á alguna criatura, cualquiera que sea, el poder, la excelencia y las perfecciones divinas, y en creer que esta criatura las posee propiamente y por sí misma; así que nunca ha habido, al menos que yo sepa, semejante idolatría. *Hist. del Maniq.*, l. 9, c. 4, § 7.

Nosotros sostenemos, por el contrario, que